

agitada por incesantes y diversas emociones, pasando de sus trasportes de furor á hondos desfallecimientos, inquieta siempre, recelosa, unas veces tierna hasta las lágrimas, otras áspera y dura hasta la barbarie, nos parece un huracán desencadenado desde los primeros momentos, y que no desaparece sino cuando ha llenado todo de escombros, desolación y espanto.

III

FILOSOFIA DE LA EJECUCION.

La Sra. Ristori nos ha dicho hace algunos días, que ella siempre escoge para presentarse ante un público nuevo la tragedia de *Médæa*, no porque crea que su trabajo artístico sea mejor en esa pieza que en otras, sino porque prefiere el carácter griego para darse á conocer. La grande artista muestra en esto, como en todo, su privilegiada inteligencia.

En efecto, para hacer honor al altísimo rango en que su genio la ha colocado en el mundo de la fama, nada más digno que el tipo griego, que la tragedia antigua, que las creaciones de los príncipes de la poesía dramática. No solamente

le conviene la majestad de la reina, sino el apostolado de la belleza suprema, del arte sublime.

Ella debe surgir, no sólo como la primera artista de nuestro tiempo, sino como la resurrección de los bellos tiempos de la Grecia, con la gravedad imponente del coturno antiguo, para producir, no sólo la admiración, sino el recogimiento religioso de los que profesamos el culto poético del ideal artístico. Por esa misma razón no quisimos nosotros conocerla, antes de contemplarla en la escena. No fuimos á recibirla en la estación del camino de Veracruz, á la que llegó en las primeras horas de la mañana, tiempo en que se encontró, sin embargo, á un grupo de admiradores que la esperaban; no quisimos acompañar á los que ofrecieron una serenata al día siguiente, ni quisimos ser presentados á ella.

Teníamos una ilusión que no queríamos romper; queríamos que nos trasportara á aquellos hermosos días de la civilización helénica en que la poesía y el arte eran una religión, en que las representaciones trágicas eran una manifestación del culto; queríamos nosotros que no habíamos vivido en las épocas pasadas más que con la imaginación, vivir con la vida real; nosotros que no conocíamos á los personajes trágicos

más que en los libros, verlos vivos y palpitantes en la escena.

Y lo logramos, sí, lo logramos, más allá de nuestras esperanzas. La Ristori es griega.

Al verla aparecer en lo alto de la pequeña colina que conduce á la plaza pública de Corinto, un estremecimiento nervioso nos agitó. La figura, sólo la figura comenzaba á imponernos. Era la Médêa de los poemas y de las tradiciones, grande, pálida, severa y triste, enérgica y altiva. Los cabellos negros y enortijados de la hija de la Kólchide, flotan en su espalda; un manto rojo la envuelve majestuosamente. Ella abraza á uno de sus hijos y de la mano al otro. Al llegar á la escena, la fatiga, el desfallecimiento, la melancolía se revelan en su semblante y en sus actitudes, pero al través de todo eso se adivina á la reina. Su presencia llena é influencia el teatro. Su prestigio eclipsa á los otros personajes; no se ve mas que á ella, no se oyé más que á ella; desde el primer momento su voz encadenó nuestra alma.

Habíamos pensado hacer detalladamente el análisis del trabajo artístico de esta actriz incomparable, pero despues hemos comprendido que teníamos que luchar con una dificultad práctica. No sólo la descripción escrita ó hablada, pero ni la fotografía, ni la música pueden reproducir

con verdad, el gesto; el ademán, el acento, las miradas, las actitudes, los movimientos; en suma, la exposición fiel de las pasiones que la artista traduce con un realismo, con una sorprendente identidad que admirarían más, si no conmovieran profundamente. Es indescribible el trabajo de esta mujer de genio, y sólo hay una manera de formarse una idea de ella, y es verla. El genio es como la luz, no se describe; es preciso conocerlo.

Algunas notas solamente pueden indicarse para guiar al lector. En la escena en que describe los celos, la Ristori no es mujer, es loba, es tigre, y espantan sus miradas, su rugido y el movimiento convulsivo de sus garras.

Pero en la escena en que abraza á sus hijos, es una madre sublime, y su voz que parece anegada en lágrimas, arrancaría la piedad de un corazon de bronce.

Hay un momento después de que aquella cae al pie del altar y volviendo de su desmayo se sienta triste y abatida en una de las gradas, en que su sola actitud vale la exposición toda de la tragedia, y la narración de sus amores con Jasón parecen una oda de Píndaro, en que se mezcla la adoración del heroísmo con la locura del amor.

En las escenas finales sólo diremos que ha so-

brepujado al poeta en su concepción, y que es de ella todo el mérito de la terrible catástrofe que deja una impresión que nunca, nunca habíamos sentido.

Al caer el telón, y cuando volvimos de la especie de estupefacción en que nos había sumergido esta artista, nuestros labios murmuraron maquinalmente, obedeciendo á nuestro pensamiento, esta palabra:

—¡Sublime!



CARTA Á UNA POETISA.
